

EGOS DE LA GRAN ENCUESTA

SE había anunciado que las organizaciones empresariales patrocinarían una gran encuesta para sondear la opinión pública y el estado de ánimo de los españoles. Por extensa que haya sido la muestra y bien elegidos los cuestionarios, los resultados de una operación de este tipo no son infalibles. Tampoco ofrecen una garantía de permanencia en el tiempo futuro de los datos que se obtengan. Los sondeos o las encuestas pertenecen al mundo de lo indiciario: especialmente a efectos de previsiones electorales, en particular si no se sabe todavía cuándo van a ser las elecciones ni cuál la definitiva oferta de partidos y coaliciones.

Las impresiones del gigantesco sondeo patronal que se van filtrando, no se sabe bien cómo ni si con rigor o con parcialidad, parecen apuntar a algo que ya era conocido de antes. Una gran parte de la ciudadanía que en 1982 confió en los socialista está decepcionada, pero no ha decidido a quién apoyar. Mucha gente encuentra a la actual oposición escorada a la derecha y vuelta hacia el pasado. (No me refiero propiamente a un pasado político de imposible retorno, porque se extinguió hace diez años, sino a un pasado social y mental de cuando las cosas eran de otro modo). Lo que por ahora parece emerger entre los bloques del Gobierno y la coalición opositora tiene una tan marcada vocación minoritaria, o de reducirse a formaciones complementarias, que muchas personas, a las que les gustaría apoyar algo en esa línea, en el momento electoral actuarán más bien bajo los impulsos del *voto útil* o del *voto contra*. Lo cual significa que el partido del Gobierno puede perder mucho, pero nadie está en condiciones de predecir quién se beneficiaría de ello.

Pero yo no quisiera enfrascarme ahora en un juego de adivinanzas electorales, cuando ni se sabe la fecha de los comicios ni las circunstancias en que van a celebrarse. Más bien me gustaría insistir en algunas de las pocas cosas seguras que se deducen de lo que cuentan los periódicos sobre algunos resultados de la gran encuesta.

En primer término, se ratifica la aceptación plena por la inmensa mayoría de los españoles del sistema democrático. A casi nadie se le ocurre seriamente que haya otra manera de administrar un estado. En contraste con ello, se puede advertir o adivinar una fuerte desazón. Hay mucha gente incómoda y nerviosa, porque algo no funciona. No reina la confianza en los poderes públicos.

Algo semejante ocurre con un fenómeno que hace



ANTONIO
FONTÁN

diez o veinte años despertaba entusiasmo, especialmente entre los jóvenes y en los sectores sociales más modernizados de España: el ingreso en las Comunidades Europeas. Es algo que se considera positivo, pero no claramente beneficioso en un primer plazo que podría durar no se sabe cuánto. No existe ni siquiera un débil germen de patriotismo europeo. Más bien se ha producido cierta reacción, en parte de hostilidad o de recelo, en parte meramente defensiva, ante el coste económico y social

que puede representar el acceso a un club, en el que los socios importantes son más ricos y más poderosos que nosotros.

También hay una generalizada sensación de que el mapa político de España no está definitivamente configurado. El centro y la derecha para ser poder o alternativa verdadera han de asociarse de algún modo y en algún momento. También necesitarán contar con el apoyo de los grandes nacionalismos catalán y vasco, que en cualquier próximo Congreso de Diputados van a sumar cerca de treinta escaños. Pero el lugar de encuentro del centro y la derecha no puede estar muy a estribor, porque entonces el buque no guardaría el equilibrio.

UNA impresión más que se deduce del gran sondeo, y de otros menores, es que el cambio se ha realizado ya. No por obra de los socialistas. Por el contrario, la victoria de éstos en el 82 fue una consecuencia de la aparición en superficie del cambio profundo de la mentalidad española que había venido operando desde finales de la década cincuenta y que se ha acelerado en los años de la democracia.

Este conjunto de consideraciones preliminares a un análisis del «estado de la nación» no son respuestas, sino interrogaciones. No son una invitación al pesimismo, sino un desafío a la imaginación.

Ahora se habla mucho de modernización. España la necesita quizá más que otras naciones de nuestra misma área cultural y geográfica. Siempre que nos demos cuenta de que la verdadera modernización no consiste en falsos pacifismos o en ecologizaciones, ni en una actitud pasiva que espera que la ventura descienda de la generosa y larga mano del poder. La modernización auténtica y propia de nuestra época consiste en desplegar el espíritu de iniciativa y la competitividad sin los salvajismos de otros tiempos. La condición política previa para que esas capacidades se desarrollen y den de sí todo su potencial innovador es la creación de un clima de confianza, que, hoy por hoy, no se respira entre nosotros.